

El capuchino destapó una polvorosa botella de humeante vino de *l'Ermitage*, llenó su vaso hasta el borde y levantándolo á la luz exclamó:—«Señores, á la salud del diablo.»

—«A la salud del diablo» repitieron en coro los convidados.

—«Gracias» contestó una voz sorda y potente que parecía salir de la pared. Los convidados se detuvieron pasmados; persignáronse las mujeres, y dos de los criados se lanzaron á la vasta antecámara que precedía á la sala, pero no vieron en ella mas que la sombra de sus cuerpos, prolongándose en la pared y no oyeron mas que el ruido de sus pasos en las losas.

—«¡Vamos, vamos! dijo riendo uno de los abates; esto ha sido una chanza de mal gusto de alguno de nuestros golillas en ciernes. Señores de la curia, no se nos mete miedo tan fácilmente. Bebamos.»

Llenáronse nuevamente los vasos, y ya se preparaba uno de los convidados á prorumpir en un nuevo brindis, cuando se oyó un extraño ronquido y volviéndose los comensales, no sin terror secreto, vieron cerca del vasto aparador un oso de prodigiosa estatura que se mecía, olfateando los platos y gruñendo sordamente. A esta vista, las mujeres arrojaron agudos gritos; levantáronse los convidados y se estrecharon instintivamente unos contra otros, pegados á la chimenea, cuya campana ocupaba casi todo un lienzo de sala. No obstante ser verano y no haber fuego en el hogar, elevóse en ella una llama verdosa con un fuerte olor á azufre. Al mismo tiempo saltó á la mesa y derribó las luces un gran mono peludo, gesticulando y rechinando los dientes. Nuestros intrépidos estaban ya medio muertos de terror, cuando para rematarlos, se abrió la pared de la sala y dejó ver cuatro negros diablos con antorchas encendidas en la mano, que precedían á otros demonios que arrastraban un espectro vestido de blanco y cargado de cadenas. Era el alma en pena que gritaba con voz lamentable:—«¡Me abraso! ¡Me abraso! Castillo mal adquirido: desdichado quien lo habite: porque se abrasará como yo.»

El cortejo diabólico dió cuatro vueltas á la mesa reclutando á cada vuelta otros dos demonios mas pequeños, armados con garfios y horquillas; estos salían de la chimenea. Finalmente, apareció en medio del hogar una figura gigantesca, vestida con una piel de toro, escoltada de cuatro pequeños moros que llevaban sables y antorchas.

Las mujeres estaban hacia largo tiempo debajo de la mesa; escribientes y abates no les iban en zaga; los criados se habian fugado ó no se acordaban siquiera de si llevaban armas. Solamente el capuchino hacia pié firme, pareciendo considerar con mas desconfianza que temor la procesion estraña. Entonces, para terminar, uno de los diablos le quemó las barbas con su antorcha; otros pusieron fuego al mismo tiempo á las pelucas y á los vestidos de los convidados. Cada cual ganó la puerta lo mas pronto posible: la derrota fue general.

De esta suerte quedó la banda, señora de la cena y del castillo. El ingenioso Roquairol fue quien inventó esta comedia. Habia hecho practicar una tram-

pa en lo interior de la pared, ocultándola con un tapiz. Habia agujereado el cañon de la chimenea á la altura de un granero oscuro, donde habia ocultado parte de sus actores. El era quien se habia vestido con la piel de oso, y Mandrin habia representado el papel de Lucifer con piel de toro.

Puestos en derrota los convidados, continuóse la cena. Los ricos vinos de los notarios y abates pusieron alegres á los bandidos. Los gritos de regocijo que lanzaban y los pistoletazos que disparaban los pretendidos diablos, fueron á redoblar aquella noche el terror de los pobres espíritus fuertes que iban perdidos por la montaña.

Por espacio de algunas noches, sostuvieron los monederos falsos los temores de sus vecinos, disparando cohetes y petardos en la plataforma del castillo, sacando por la noche de una bocina, sonidos lamentables, arrastrando cadenas y encendiendo hogueras. De dia guardaba un oso la puerta, dispuesto á arrojarse sobre los imprudentes visitantes.

Asegurado de un asilo que nadie se atreveria á violar, hizo subir Mandrin sus hornillos á los subterráneos de su nueva morada, trasportando allí todo cuanto habia salvado de su caverna. Hizo cerrar la grande entrada del castillo y abrió una que daba al bosque por un sendero desviado.

La banda fabricó allí una gran cantidad de moneda con que inundó el reino. Mandrin, que mantenía inteligencias con la frontera, fabricó tambien monedas extranjeras.

La seguridad y su buena fortuna hicieron volver en breve á Mandrin á sus amores. Isaura habia llorado su ausencia, que él esplicó, diciendo haberla motivado un viaje necesario á sus intereses. Perdonado, acogido por las dos hermanas como lo estaba ya por la familia, no tardó M. Mandrin en apercibirse de que la mayor envidiaba la fortuna de su hermana menor; ella la llamaba algunas veces, riendo, pero con mal disfrazado despecho la señora baronesa. Una rivalidad podia ser perjudicial á los amores de Mandrin; imaginó, pues, conjurar la tempestad, ocupando á la hermana de Isaura. Roquairol era un gallardo mozo, bien hecho y que hablaba bien; equipóse de gentil-hombre, le dió un título, abuelos, tierras, y le presentó á las dos hermanas como uno de sus mejores amigos. Roquairol fue amable y galante con la mayor; le costó poco trabajo agradarla, y en breve los dos amantes hablaron de matrimonio.

Sin embargo, esta vez, no olvidó Mandrin los asuntos por los placeres. Trabajaban asiduamente en el castillo, habiéndose establecido en esta casa de moneda una exacta disciplina. Parte del equipaje se empleaba en la guarda del tesoro ó en la fabricacion; la otra suministraba las centinelas. Cuatro de los bandidos chalaneaban en beneficio de la banda, iban á comprar caballos hasta en las fronteras de España y esparcían la moneda falsa por todo el camino. Otros hacían el comercio de indianas ó de tabaco. Asi Mandrin mandaba á la vez á monederos falsos, á chalanes y á contrabandistas.

Pero un hermoso dia vino á tierra toda esta prosperidad. Algunos desgraciados, extraviados en los